



XIX DOMINGO ORDINARIO, CICLO A

Fr. David Rosenberg

<http://HopeCrossingMinistries.com>

«Jesús les dijo enseguida: "Tranquilícense y no teman. Soy yo."». Matteo 14,22

En el entrañable relato evangélico de esta semana, en el que Jesús camina sobre las aguas, oímos que la barca a la que los discípulos habían subido debía precederle hasta la otra orilla. Pero la barca es zarandeada por las olas, porque el viento soplaba en contra. El agua representa el caos primigenio de las profundidades. La barca representa a la Iglesia en una batalla a vida o muerte contra el mal. Podemos suponer que esta batalla entre el bien y el mal es una llamada providencial de Dios que convoca a los discípulos a una fe más profunda. Los discípulos deben tomar la decisión de dejar atrás la orilla de su antigua vida y avanzar hacia su nueva vida. En estas situaciones de la vida, se agitan las tormentas en nuestro interior entre el mal y el bien.

Mientras la barca navegaba mar adentro, ven por última vez a Jesús subiendo a la montaña para orar. Todo iba aparentemente bien hasta "la cuarta vigilia de la noche", esa hora oscura y temible en la que los corazones pueden hundirse fácilmente en la desesperación. Es entonces cuando el mal intenta vencer. Podemos suponer que Jesús, al hacer que los discípulos se hicieran a la mar solos y de noche, les está haciendo experimentar en su carne la amenaza primigenia de la aniquilación. Luego, en su dominio total de la creación, infunde en ellos la fe que les permite ser testigos de Jesucristo como Señor de todo, que saca orden del caos. Este gran privilegio corresponde a aquellos discípulos que se convertirán en heraldos de la irrupción y llegada del Reino de Dios, aquí en la tierra como en el cielo.

"Durante la cuarta vigilia de la noche, vino hacia ellos caminando sobre el mar". Mateo 14:25 En este punto, los discípulos habían estado soportando la tormenta durante unas doce horas antes de que Jesús apareciera. Los estudiosos de las Escrituras coinciden en que, con toda probabilidad, esto demuestra que los discípulos necesitaban agotar toda posibilidad terrenal de esperanza. Necesitaban limpiarse de su miedo sintiéndolo primero dominar todo su ser. Una vez que abandonan toda esperanza, se dan cuenta de que son ineficaces en su propio poder humano. Deben ser purgados de su miedo primario antes de que la paz de Cristo pueda habitar en ellos. *"Los que estaban en la barca le rindieron homenaje, diciendo: "Verdaderamente eres Hijo de Dios"*.

Reflexionemos esta semana sobre un momento de nuestra vida en el que nos vimos abatidos por la tormenta, aparentemente implacable. No podemos eludir esta ley de la vida espiritual, según la cual, para llegar al punto en que podamos abandonarnos por fin totalmente a Dios, primero debemos sentirnos abandonados por Dios en una "noche oscura del alma" (San Juan de la Cruz). En realidad, Él nos abandona a la tiranía de nuestras emociones y al dominio de nuestra imaginación salvaje de catástrofe aparentemente irreversible. En nuestra cuarta vigilia de la noche, pues, en nuestro clamor por la misericordia de Jesús, la tempestad amaina al aparecer Jesús. La calma al amanecer de un nuevo día nos hace arrodillarnos en acción de gracias.

Porque Jesucristo vive, todo temor desaparece.
Sé que Él tiene nuestra vida y nuestro futuro en sus manos.

Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo

En aquel tiempo, inmediatamente después de la multiplicación de los panes, Jesús hizo que sus discípulos subieran a la barca y se dirigieran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba él solo allí.

Entretanto, la barca iba ya muy lejos de la costa, y las olas la sacudían, porque el viento era contrario. A la madrugada, Jesús fue hacia ellos, caminando sobre el agua. Los discípulos, al verlo andar sobre el agua, se espantaron, y decían: "¡Es un fantasma!" Y daban gritos de terror. Pero Jesús les dijo enseguida: "Tranquilícense y no teman. Soy yo".

Entonces le dijo Pedro: "Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua". Jesús le contestó: "Ven". Pedro bajó de la barca y comenzó a caminar sobre el agua hacia Jesús; pero al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, comenzó a hundirse y gritó: "¡Sálvame, Señor!" Inmediatamente Jesús le tendió la mano, lo sostuvo y le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?"

En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en la barca se postraron ante Jesús diciendo: "Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios".

El Evangelio del Señor.

Te alabamos, Cristo Señor.